

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

El lugar de la cultura en las asambleas barriales.

Sebastián Benítez Larghi.

Cita:

Sebastián Benítez Larghi (2004). *El lugar de la cultura en las asambleas barriales. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/571>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El lugar de la cultura en las asambleas barriales

Autor: Sebastián Benítez Larghi

E-mail: info_sebas@yahoo.com

Introducción:

La oleada de personas que inundó las calles durante las jornadas de diciembre de 2001 dejó en su retirada la presencia de un nuevo actor social: las asambleas barriales. Surgidas al calor de la multitudinaria protesta social del 19 y 20, las asambleas constituyen un punto relevante en la historia política y social argentina reciente al colocar en el centro de la escena pública a los sectores medios urbanos, aparentemente adormecidos desde la última dictadura militar. El verano del año 2002 se caracterizó por su agitada actividad nocturna: cacerolazos, marchas, escraches y deliberaciones colectivas explotaban en las esquinas y se expandían por las calles y las plazas. Se estima que se formaron más de un centenar de asambleas en todo el país, muchas de ellas con una participación que superaba las cien personas. La sorpresa causada por esta imprevista erupción llevó a que muchos, aferrados a viejos dogmatismos, creyeran que la revolución y la toma del poder estaban al alcance de la mano. A muchos otros, la espontaneidad de la convocatoria los llevó a interpretar la participación de la clase media en la protesta como un amor pasajero de verano, sostenido únicamente por el reclamo de la devolución de los ahorros confiscados, cuya fogosidad se extinguiría a medida que el dinero fuese siendo recuperado. Si bien la disminución en la magnitud del movimiento asambleario ocurrida a partir de mediados de ese año fue esgrimida como una corroboración de esta última postura, existen diversos aspectos que la contradicen. En primer lugar, ni el surgimiento ni el crecimiento ni la disminución de este fenómeno pueden jamás

adjudicarse exclusivamente a la cuestión del “corralito” ya que esto significaría ignorar los múltiples factores que influyeron en estos procesos, tales como: la crisis de representatividad, la declaración del estado de sitio, el descontento social causado por la pobreza y el desempleo, las jugadas políticas del justicialismo, el llamado de los medios de comunicación a la prudencia y la moderación, la represión y persecución a asambleístas en la gran Buenos Aires, los intentos de los aparatos de los partidos de izquierda por cooptar el movimiento, la salida electoral, la apropiación discursiva de varios de los reclamos por parte del gobierno de Kirchner, etc., etc. Segundo, y quizás más importante, la postura escéptica lee la disminución cuantitativa como un acta de defunción sin tener en cuenta que, si bien no cuentan con una participación masiva, las asambleas siguen existiendo y trabajando política y socialmente aunque hayan desaparecido de los medios de comunicación. Actualmente, existen varias asambleas (principalmente en la Capital Federal) que han recuperado espacios para el uso público, llevan adelante diferentes emprendimientos productivos, organizan merenderos y comedores populares y dedican buena parte de su tiempo y de su espacio a realizar actividades culturales abiertas a la comunidad. Centrados en este último aspecto nos proponemos realizar una mirada de la dimensión cualitativa del fenómeno asambleario. La organización de eventos culturales es una constante de la práctica asamblearia. Algunas asambleas han llegado a conformar centros culturales como es el caso de la *Asamblea de Villa Pueyrredón*, la *Asamblea de Caballito Gastón Riva* y las de Núñez y Saavedra reunidas en la cooperativa *La Asamblearia*. Otras, sin contar con una estructura formal, se dedican a realizar diferentes actividades culturales, siendo el caso más paradigmático las jornadas

organizadas por la *Asamblea de Palermo Viejo* bajo la denominación de *La Trama*.

La investigación en la que se enmarca esta presentación¹ pretende analizar la construcción de políticas culturales desde la sociedad civil estudiando para ello la emergencia de nuevos actores sociales (más precisamente, las asambleas barriales) a partir de sus usos de la cultura. Desde la sociología nos preguntamos que nos dicen estas prácticas acerca de las transformaciones desatadas en la sociedad argentina a partir del 19 y 20. Nos interesa encontrar allí posibles rastros de un cambio en las relaciones sociales, políticas, culturales e intersubjetivas que se habrían ido formando en los márgenes de las relaciones dominantes de los años 90 y emergido a la superficie con los sucesos de fines de 2001. Sin embargo, lejos estamos de realizar una lectura idealizada de este fenómeno: que nos centremos en los aspectos cualitativos no significa que el estudio deba quedar aislado de una realidad objetiva como lo es la disminución en los niveles de participación y movilización de la sociedad argentina. Resulta difícil hablar hoy de las asambleas, decir a dónde van, qué son, que serán y qué quisieron ser y más dificultoso resulta aún afirmar algo acerca de sus efectos en el ámbito de lo cultural. Sin embargo, creemos que es posible indagar las relaciones mantenidas con la cultura y determinar así el modo en que ellas permiten (o no) a las asambleas afianzarse internamente y relacionarse con el resto de los vecinos. Con ello buscamos contribuir al conocimiento de las posibilidades y dificultades con las que se ha encontrado y se encuentra el movimiento asambleario.

¹ Nos referimos a la investigación que se está des arrollando en el marco del Proyecto Ubacyt S052 “Transformaciones del campo cultural: el impacto de las políticas culturales de la sociedad civil en la configuración de nuevos públicos” dirigido por Mg. Ana Wortman.

El presente trabajo se propone realizar una introducción al tema basada en el desarrollo de un marco conceptual y en datos surgidos de una primera aproximación al objeto de estudio.

La cultura y lo cultural en torno a las Asambleas:

Dado que el objeto de estudio está constituido por la dinámica cultural de la sociedad argentina de los últimos años, se torna indispensable aclarar que se entiende aquí por cultura. Partiendo de la definición antropológica de cultura como modo de vida general (incluyendo tanto los símbolos, valores, códigos, sistemas de clasificación, esquemas de percepción y acción como los procesos concretos que los relacionan con las prácticas) tomamos la conceptualización de Raymond Williams (1980; 1994; 2000) que entiende a la cultura como la dimensión significativa, relativamente autónoma, que interrelaciona a toda la vida social. La cultura es entendida así como el conjunto de significados y códigos compartidos por una determinada sociedad que brinda una visión coherente por medio de la cual sus miembros se piensan y se representan a sí mismos, a los otros y al mundo que los rodea. Decimos relativamente autónoma porque si bien Williams reniega de toda determinación economicista no cae en una visión idealista de la cultura. Para él, todos los elementos que constituyen una cultura son siempre contruidos históricamente por cada sociedad específica en un momento y un espacio determinado. Por ello, todo análisis cultural debe realizarse necesariamente en su contexto histórico y, cuando se trate de sociedades altamente estratificadas como la capitalista, debe abordarse la dimensión cultural sin separarla de las relaciones de poder y dominación específicas que las rigen. En este sentido, Williams retoma e incorpora la noción gramsciana de hegemonía llegando a una comprensión de la cultura como un

campo de lucha por el sentido donde los diferentes grupos sociales pugnan por imponer y legitimar sus visiones y prácticas particulares.

Siguiendo en esta línea, aquí se propone analizar los procesos de transformación cultural que se habrían ido cristalizando a partir de los hechos del 2001

abordando la dimensión significativa de las prácticas culturales llevadas adelante por las asambleas barriales. Dicho abordaje estará basado en un modelo agonal que, contrariamente a un modelo globalizante, “pone todo su empeño en revelar las formas representativas y simbólicas que asumen el enfrentamiento entre las clases en el plano de la creación cultural”. (Burucúa: 2001; pág. 20) De esta

forma, consideraremos la dimensión cultural de la sociedad argentina en el marco de la crisis del 2001 como el espacio central en el cual se podría estar dirimiendo

un proceso de transformación social. En este sentido, nos preguntamos si las jornadas de diciembre no estarían marcando un punto de inflexión a partir del

cual diversos valores, ideas y formas de pensar y experimentar el mundo

asociados a la participación y a la construcción colectiva de relaciones más

solidarias y no mercantilizadas habrían cobrado un renovado impulso adquiriendo

las características de una cultura emergente. ¿Qué significados adopta la cultura

para quienes participan de las asambleas? ¿Expresan concepciones y usos

novedosos contrarios a las visiones consagradas acerca de qué es lo digno de

ser catalogado como “cultura”? Y, de existir esta contraposición de sentidos, ¿de

qué manera juega en la dinámica que han adquirido las relaciones de poder a

partir de los sucesos del 19 y 20? ¿Pueden estos significados estar expresando

la emergencia de nuevos estilos de vida capaces de resistir y, más aún, de

plantearse como alternativa frente a la hegemonía cultural construida durante los

años `90? De esta forma planteamos realizar, siguiendo con el materialismo

cultural de Williams, un estudio de la particular inscripción de estas producciones culturales en el devenir histórico desde una perspectiva materialista.

Abordar el tema de la cultura implica enfrentarse con la contradicción implícita en el propio concepto. Por un lado, nos encontramos con una definición que la entiende como valores elevados de la vida interior de los individuos, valores que hacen al desarrollo del espíritu individual, las artes, etc., es decir, “la cultura” en sentido estricto. Por otro lado, nos encontramos con una definición más amplia que entiende a la cultura como estilos de vida, es decir, la suma de caracteres que se producen en la articulación entre individuo y sociedad; una zona de las actividades sociales relativamente autónoma de la economía y de la política, lo que podríamos llamar, el nivel de “lo cultural”. El concepto de cultura debe pensarse entonces como una zona en conflicto, en donde ambas concepciones se encuentran en permanente tensión y donde las palabras son disputadas como instrumentos de transformación. El concepto de cultura por momentos refiere a todo, a todos los modos de vida y en otros momentos únicamente refiere al arte, a la poesía, la plástica, etc. Esta polivalencia del concepto constituye una fuente de riqueza pero también de conflicto. Si no tuviese esta doble acepción solamente habría reproducción y repetición de pautas culturales. El problema consiste en explicar las formas en que estas pautas se van transformando paulatinamente y pensar esta tensión entre continuidad y ruptura, entre lo colectivo y lo individual, entre el hábito y la creatividad. En este sentido podríamos pensar las políticas culturales desarrolladas por las asambleas como un intento por suturar de una manera particular esta tensión; una sutura utilizada como un recurso constructor de poder. Por ello resulta de una gran significancia el hecho de que dentro de lo que estos actores entienden por cultura queden

incluidas las charlas debate y los talleres de reflexión sobre diferentes temas de la vida pública nacional y barrial, ya que se trata de eventos que ocupan un lugar preferencial entre las actividades desarrolladas buscando un acercamiento entre los vecinos para reflexionar acerca de aquellas cuestiones que los unen en un claro intento por trascender los límites de la mera individualidad. Como un ejemplo, entre muchos otros, podemos citar los talleres sobre residuos, reciclado y contaminación ambiental desarrollados por la *Asamblea de Villa del Parque*.

De la distinción individual a la construcción colectiva:

Para comprender mejor las relaciones entre el campo cultural y el campo del poder al enfoque de Williams le podemos sumar el modelo bourdiano². Sin dudas éste resulta de gran utilidad para analizar la relación establecida entre la clase media argentina y la cultura en los años 90. Frente al empobrecimiento económico de una importante porción de este grupo social, producto del desempleo y la desindustrialización, el capital cultural y educativo se transformó en la propiedad esencial en torno a la que estos sectores desplegaron sus estrategias de distinción y enclasmiento al permitirles seguir considerándose de clase media a pesar de que sus niveles de ingreso los ubicaban cercanos a la línea de pobreza. Los títulos alcanzados, el gusto y los consumos culturales efectuados (tanto de bienes estrictamente simbólicos como de productos tangibles pero consumidos principalmente por su valor de signo) constituyeron el componente esencial del capital simbólico que permitió a estos sectores aferrarse a un ideal de vida y, simultáneamente, diferenciarse de los sectores populares, de aquellos considerados como los “verdaderos pobres”. Ahora bien, los valores, los códigos y las prácticas que moldearon al gusto y al consumo de la clase

media correspondían al estilo de vida de los sectores dominantes beneficiados por los procesos de transformación estructural de la Argentina ocurridos durante esa década. La fortaleza que lució el universo de sentido conformado durante los años `90 proviene justamente de la capacidad que estos patrones (acordes con la globalización neoliberal, el modo de producción posfordista y la sociedad del consumo mundializado) demostraron tener para permear las representaciones y las conductas de sectores que en lo estrictamente económico se veían cada vez más perjudicados. Cabe especular que esta lógica de distinción al alejar a los “nuevos pobres” de los “pobres estructurales” contribuyó a la reproducción del modelo social y cultural de los años 90. Frente a esto se nos plantean dos tipos de interrogantes íntimamente ligados. El primero nos conduce nuevamente a la cuestión central de esta investigación: qué lectura puede hacerse de los sucesos y los efectos del 19 y 20 y la posterior auto-organización de una porción de la clase media. El segundo, consecuencia del primero, nos cuestiona acerca de los recorridos que permite y los límites que presenta el modelo de Bourdieu a la hora de analizar las posibles rupturas y resistencias en el ámbito de lo cultural.

¿Pueden pensarse las actividades culturales de los assembleístas simplemente en términos de lucha por apropiación del capital cultural, ó, por el contrario, deben pensarse como una disputa que desde los márgenes del campo busca romper con sus reglas de juego y con los patrones que definen al capital mismo, es decir, los cánones que definen qué es “la cultura”? ¿Hasta qué punto la noción de habitus nos es útil para entender profundamente el supuesto cambio en la relación entre clase media y cultura? ¿Cómo se entiende que para ciertas personas la cultura represente un espectáculo a ser consumido como signo de

² Para una referencia directa de las nociones de campo y habitus ver Bourdieu (1990), para la constitución del campo cultural ver Bourdieu (1995) y para un desarrollo de los procesos de distinción ver Bourdieu

estatus y cultivo individual y que otras, cuyas disposiciones de acuerdo a la posición social ocupada serían similares, encuentren en la cultura una herramienta de transformación colectiva de la sociedad? Frente a esto, Bourdieu podría decirnos que los habitus disponen pero no determinan las acciones de los agentes; y esto es muy válido. Sin embargo, si lo que está ocurriendo es que un segmento de la clase media, actuó y actúa independientemente de los habitus de clase la comprensión profunda de estas acciones se ve limitada desde el modelo de Bourdieu. Por ello, creemos que se debe rescatar de él lo que resulte más adecuado para nuestro objeto de estudio, esto es, aprovecharlo para estudiar la reproducción del orden de los 90 y sus continuidades – aún muy visibles y determinantes – en la actualidad, pero para analizar las rupturas y las transformaciones debemos agregar nuevos elementos teóricos que permitan dar cuenta de ellos.

Frente a esta disyuntiva, puede resultar interesante introducir el concepto de apropiación cultural trabajado por De Certeau (1999) quien concibe que la cultura es más productiva, dinámica y móvil en sus orillas que en el centro. Para este autor existe una distancia entre la representación planificadora y la práctica ulterior del espacio que no es otra que la distancia en donde se dirime lo que permanece y lo que se inventa; esto es, las irrupciones, los desvíos que proliferan en los márgenes como creaciones relativas a los estancamientos; fiestas multiformes que pululan en lo cotidiano, en las calles y en las casas. El 19 y 20 resulta pensable como un ahondamiento de esta distancia que ya se venía gestando subrepticamente en las orillas de la cultura dominante. Y en este sentido podría pensarse que la cultura es reinventada por las asambleas conjuntamente con otros colectivos de arte, rescatada de las instituciones

consagradas y devuelta a las calles y a los espacios públicos. Los actores se apoderan de ella abandonando la pasividad del simple espectador que impone la lógica mercantil de las industrias culturales. Este punto es crucial para comprender la transformación cualitativa que el movimiento asambleario puede haber desatado ya que de su profundización depende en gran parte el futuro de las asambleas; un punto que podríamos resumir en la siguiente pregunta en términos de De Certeau: ¿expresa esta reapropiación de la cultura el fin de la imposibilidad de encontrar la expresión propia? Luego, la función de la expresión propia opera en la formación y la renovación de un grupo; consiste en un acto productivo, un distanciamiento respecto a las prácticas anteriores que existe en el intersticio y – sin dejar de estar bajo leyes sociales, psicológicas y lingüísticas – insinúa un desborde, un exceso, una falla en el sistema del cual recibe su soporte y sus condiciones de posibilidad. La producción de signos es, en definitiva, el modo en el cual un grupo se produce. En Mayo del 2002, la *Asamblea de Palermo Viejo* organizó unas jornadas a las que denominó “*La Trama*”. Con más de cien actividades a lo largo de todo el barrio, el espacio adquirió durante todo un fin de semana una fisonomía diferente. Bares, restaurantes, teatros, “boliches” y calles de un barrio que años atrás se había transformado en uno de los epicentros de la “movida nocturna” de sectores altos y medio altos (a tal punto que la inventiva inmobiliaria llegó a renombrarlo bajo el seudónimo de Palermo Hollywood debido a la presencia de numerosos medios de comunicación y estudios televisivos) se vieron resignificados durante 48 horas por mesas de debate, presentaciones de libros, muestras de pinturas, instalaciones, recitales, etc. bajo el lema “*un encuentro entre la cultura y la política*”. Esta actividad fue una de las más grandes realizadas por una asamblea; en plena efervescencia de

la protesta social, centenares de personas circularon por las calles de Palermo Viejo buscando una mesa de debate político o una muestra fotográfica. Además, gracias a la enorme difusión que tuvo entre los movimientos sociales y los medios de comunicación, tanto la actividad como la asamblea adquirieron una notable visibilidad y *La Trama* se convirtió casi en un sello distintivo de este colectivo dándole una identidad frente al barrio, al resto de las asambleas y movimientos sociales. Tan es así que *La Trama* tuvo su versión 2003, en este caso concentrada en el viejo mercado que la asamblea había recuperado, bajo el lema de “Re – construyendo espacios” se realizaron nuevamente diversas actividades, entre ellas una feria de productos de emprendimientos autogestivos en paralelo al lanzamiento del *Proyecto de Mercado Social Solidario*. Actualmente la asamblea se encuentra organizando *La Trama* versión 2004 que con la participación de diferentes actores sociales plantea un encuentro “*Recuperando las calles*” del barrio. Como señala De Certeau “la expresión cultural es ante todo una operación (...) 1. Hacer algo con algo; 2. Hacer algo con alguien; 3. Cambiar la realidad cotidiana y modificar el estilo de vida, hasta arriesgar la existencia misma (...) las operaciones culturales son movimientos: inscriben creaciones en las coherencias legales y contractuales. Marcan trayectorias, no sólo indeterminadas, sino también insospechadas, que alteran, corroen y cambian poco a poco los equilibrios de las constelaciones sociales” (De Certeau: 1999; 200-203)

La cultura como recurso político:

Según George Yudice (2001) en la actualidad la cultura ha dejado de ser un valor en sí mismo para convertirse en un recurso, una herramienta para la transformación económica, política y social. Si bien la función de la cultura como ámbito de internalización del control social no resulta novedoso, la capacidad de

la cultura para producir modos de vida ha adquirido un nuevo carácter con la globalización. “En estas circunstancias globalizadas surge la cultura en calidad de nuevo protagonista tanto por su valor como nuevo recurso para la explotación capitalista (p. ej., en los medios, el consumismo, y el turismo) como por su fuente de resistencia contra los desgastes provocados por ese mismo sistema político – económico. (...) el viraje hacia la sociedad civil en el contexto de las políticas neoliberales y los usos de las nuevas tecnologías que posibilitan la globalización han facilitado nuevas estrategias progresistas que conciben lo cultural como el área dilecta de negociación y lucha. Por ejemplo, el movimiento Viva Río (...) [cuya] premisa más innovadora y a la vez más arriesgada consiste en conciliar los intereses de las clases medias y pobres (...) [y] los zapatistas [que] se han valido de las nuevas tecnologías para crear amplias redes de solidaridad no solo para apoyar los derechos de los indígenas y la democratización en México, sino también para contribuir a un movimiento mundial contra el neoliberalismo”

(Yudice: 2001; 108 y 113-114)

En este sentido nos interesa indagar los propósitos por los que las asambleas barriales han decidido, en su gran mayoría, desarrollar actividades culturales: ya sea como un medio para adquirir visibilidad y otorgarle más fuerza a sus reclamos como para generar un nexo con los vecinos del barrio; en suma, como un medio para cambiar los códigos y valores de la sociedad mediante una construcción horizontal y desde abajo de nuevas formas de vida. Sin duda, los centros culturales construidos han servido para territorializar a las asambleas en los barrios brindando un ámbito concreto de interacción con el resto de los vecinos tal como se puede leer en un documento de la *Asamblea Popular de Villa Pueyrredón* donde se esboza la propuesta para formar el Centro Cultural *Nunca*

Más: “Nuestra Asamblea viene evaluando sus dificultades para entablar un trabajo con el barrio. En este sentido, creemos que la apertura de un centro cultural nos puede permitir generar un trabajo sistemático hacia los vecinos del barrio y en función de esto, generar un espacio de encuentro donde se puedan desplegar actividades que por su forma y contenido pongan en discusión este sistema y su carácter inmodificable, y, coherentes con esto, intentar construir otra forma de entender la realidad que nos rodea (...) También será tarea nuestra, en conjunto con todos los que formen parte de este proyecto, que este espacio pueda conjugar la discusión con la actividad recreativa, la referencia de ser un espacio para la lucha y la resistencia que no quite el deleite y el placer, la capacidad de sacar a la “política” de ese lugar sucio y funcional donde la han ubicado para entenderla como la herramienta que todos tenemos para transformar lo que nos rodea (...) Hay que ver que el Centro Cultural puede ser un puente para tejer una relación con personas del barrio que de otra manera no se vincularían a la Asamblea”

Por otro lado, se justifica preguntarnos si en estas prácticas y usos alternativos de la cultura no se estaría expresando el germen de una nueva subjetividad que, rompiendo con la lógica inherente a la sociedad del espectáculo y del consumo, plantee un nuevo modo de relacionarse con la cultura. Por ello resultará interesante verificar la existencia de este nuevo tipo subjetivo e indagar cuanto se apega a las definiciones tan en boga de la multitud sostenidas por los autonomistas italianos y retomada en nuestro país por el Colectivo Situaciones (2002) para describir la insurrección del 19 y 20. ¿Estaremos frente al surgimiento de una subjetividad de lo múltiple, que comprende que para enfrentar a la dominación descentrada del mercado la subjetividad política resulta ya

anacrónica? ¿Se asoma en el fenómeno asambleario una subjetividad radicalizada capaz de realizar una operación ética productora de sentidos inéditos y de crear una sociabilidad alternativa a la dominante? Finalmente, existen elementos que permitan suponer que la práctica asamblearia está expresando una subjetividad que opera en el ámbito donde se producen los valores, los sentidos, los afectos, en suma, la vida misma; una subjetividad que se re – apropia de los valores centrales en los que se apoya el capitalismo actual (la creatividad, la reflexividad estética, etc.) y los pone al servicio de una acción emancipadora intentando convertir a la cultura de un instrumento de dominación en uno de liberación?

Obviamente no contamos aquí con los elementos necesarios para responder a estas cuestiones pero sí podemos esbozar algunas consideraciones que sirvan de puntapié para las futuras investigaciones. Las asambleas buscan construir una cultura de manera comunitaria tal como dice la presentación que hace *La Asamblearia* de su Espacio Cultural: “*un espacio para encontrarnos con el arte y el espíritu de la cooperación (...) [donde estarán] las actividades culturales que se nos vayan ocurriendo a todos, **entre todos***” Así, los mismos valores que dieron forma a la constitución de las asambleas se plasman en la concepción y en las prácticas culturales que ellas desarrollan: la horizontalidad, la pluralidad, las relaciones simétricas y el estímulo a la participación. Esto lo podemos leer en el mencionado documento de discusión de la *Asamblea de Villa Pueyrredón*: “*Creemos que tenemos que ser totalmente abiertos a todas las experiencias (...) Una apertura que fomente la solidaridad, no entendida como una dádiva, el accionar colectivo y que destruya el individualismo como única forma de pensarse. Una apertura que resignifique las diversas manifestaciones artísticas,*

que pueda desmitificar el arte, y en este sentido plantear que hay otro tipo de arte que también es posible y que no es actividad prohibitiva para aquellos que no somos ni “artistas” ni “intelectuales”. (...) Esta apertura antisistémica no solo la planteamos desde los contenidos sino también desde las formas. Con esto queremos decir que el centro cultural podrá realizar todas las actividades que se planteen (...) pero planteadas desde otro lugar, no con la lógica de aquel que brinda un “servicio”, no desde una relación de “poder” entre el que “brinda” la actividad y el que la “recibe”...

En definitiva, estarían en juego dos posibles factores explicando la tendencia de las asambleas barriales a realizar actividades culturales; factores que reflejan dos caras de una misma situación. El primero revela una falencia en la situación en la que se desenvuelven las asambleas poniendo de manifiesto las dificultades que éstas encuentran a la hora de la comunicación y la interacción con el resto de los vecinos no movilizadas; circunstancia altamente influida por el descrédito en que ha caído “la política”. Sin embargo, el segundo factor, revierte esta situación transformando la determinación en una condición de posibilidad. Este factor, que alude a una abundancia de las capacidades de estos movimientos, estaría signado por una correlación positiva entre el alto capital cultural, educativo y hasta tecnológico acumulado por quienes participan de las asambleas y el uso que pueden hacer de ellos en el contexto del postfordismo, la globalización y la mundialización, en el cual la cultura es ubicada en el centro de las relaciones sociales y de poder. Sería esta correlación positiva entre el contexto social y las competencias adquiridas por los sectores movilizadas la que los estaría estimulando a desplegar, no sin numerosas dificultades, sus luchas y sus tácticas

de resistencia en el plano de lo cultural y de ella depende en gran medida la suerte futura de las asambleas barriales.

Bibliografía:

- Jean BAUDRILLARD (1997), *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI editores.
- Pierre BOURDIEU (1988), *La Distinción*, Madrid, Taurus.
(1990), *Sociología y cultura*, México, Grijalbo.
(1995), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- José Emilio BURUCUA (2001), *Corderos y elefantes*, Madrid – Buenos Aires, Miño y Dávila.
- COLECTIVO SITUACIONES (2002), *19 Y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano.
- Michel DE CERTEAU (1999), *La cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Michael HARDT y Antonio NEGRI (2003), *Imperio*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- David HARVEY (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Scott LASH y John URRY (1997), *Economías de signo y espacio*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Renato ORTIZ (1994), *Mundialización y cultura*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Paolo VIRNO (2003), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Colihue.
- Raymond WILLIMAS (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

(1994), *Sociología de la cultura*, Barcelona, Ediciones Paidós.

(2000), *Palabras Clave*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- George YUDICE (2001), *El recurso de la cultura*, Barcelona, Gedisa.